LAS SEGUIDILLAS, MUSICA DE FONDO

Hay un baile en Andalucía, que nunca falta a su cita amorosa de alegría y buen garbo con todas las ferias y romerías de la región: las seguidillas. O, más universalmente: las «sevillanas».

Cada primavera las seguidillas nos traen al Rocío coplas nuevas, cantadas al mismo compás de tres por cuatro de siempre. Ellas ponen constantemente su música de fondo. Una música de fondo que suena entre revuelo de faraales y aroma de claveles, que trenza su ritmo rociero entre palmas, suspiros y cuerdas de guitarras. Las seguidillas se cantan y se bailan jubilosamente, de forma ininterrumpida, una tras otra, cada año, cada romería.

Aquí, en este caminar entusiasmado hacia el Santuario de Almonte, las seguidillas suenan más alegres y gozosas que nunca, porque se hacen romeras que van a postrarse a las reales plantas de la bendita Madre de Dios. Es cuando las seguidillas se hacen «rocieras», y nos rocían a todos con su musical alborozo, animándonos a no decaer y seguir siempre adelante, hasta cantar la última copla ante la Blanca Paloma.

Pero nuestra intención es hacer un poco de historia de canción tan popular y tan andaluza. Ya se sabe que su origen es bastante remoto y también que ya se cantaban abundantemente en la Tierra de María Santísima, cuando Cervantes escribió algunas de sus obras, en las que las menciona insistentemente, por lo que se deduce que el gran don Miguel era buen aficionado a recrear su espíritu escuchando tan singulares «coplas de la seguida», como él mismo las llamó en «El Celoso Extremeño». Y Fernando de Rojas, hace cerca de quinientos años, utilizó una seguidilla andaluza para componer parte de un cantar que pone en labios de su gentil Melibea (acto XIX de «La Celestina») Esa seguidilla, caso curioso, viene a ser la misma que más tarde insertara en una obra suya el poeta Luis Vélez de Guevara. Y, sustancialmente, la misma que todavía cantan nuestras muchachas, en pleno siglo veinte.

Las ánimas han dado;
mi amor no viene,
alguna picarona
me lo entretiene

Primitivamente las seguidillas carecían de estribillo y se escribían en forma de pareados endecasílabos. Tal ésta que aparece, con otra, en la edición príncipe de las «Novelas Ejemplares» de Cervantes:

Por un sevillano rufo a la valón
Tengo socarrado todo el corazón.

En este estilo poético eran también escritas las letras que se usaban en las tonadillas de ciertos bailes, más o menos apicarados, conocidos con nombres tan curiosos como «Los Valientes», «Santurde»,, «El Caballero» y «Juan Redondo». Más tarde es cuando comienza a escribirse la seguidilla de cuatro versos, a los que se añade finalmente un estribillo de otros tres.

El estribillo—nos informa Rodríguez Marín—nacería al perderse, quizás por exigencia de alguna tonada, el primer verso del segundo cantar de los que solían entonarse por parejas, y que venían a ser un remedo los unos de los otros. Este primer verso no era sino una repetición del primero del can-

tar anterior. He aquí una muestra sacada por el ilustre folklorista de manuscritos de la Biblioteca Nacional.

Mal haya la torre,
fuera de la cruz;
Que me quita la vista
de mi andaluz.
Mal haya torre,
que tan alta es,
que me quita la vista
de mi cordobés.

De entonces en adelante el pueblo compuso la seguidilla con estribillo y para las que hizo, o conservó sin ellos, tuvo y tiene unos cuantos que R. M. llamó de «encaje», porque vienen a encajar perfectamente como colofón de muchas coplas que carecen de esta segunda parte, hoy imprescindible.

-¿Qué tienes en el pecho,
que tanto huele?
-Azahar de las Indias;
romero verde.
-Que huele tanto?
-Azahar de las Indias;
romero blanco.

Así definitivamente construida la seguidilla, llega a nuestros días y aún continúa esparciendo sus sones maravillosos y embriagadores en la primavera andaluza, pletórica de luz y fiestas. Y así van tras las carretas rocieras las seguidillas, banderas enarboladas bajo un cielo azul purísimo, contentas de servir de escolta musical a la Señora de las Marismas y Reina de los Cielos.

En mi caballo blanco
voy al Rocío;
si te vienes conmigo
mi amor te fío.
Mi amor te llevas,
si la Blanca Paloma
no se lo queda.

Juan DE LA PLATA.



Revista "Jerez y el Rocío" de Rodrigo de Molina - Año 1958